

*Gesta misional de los Agustinos Recoletos
en China • 1924-1955*
Presentación

Fray José Manuel Romero, OAR

INTRODUCCIÓN

Muchos han tratado de relatar ordenadamente los acontecimientos que se cumplieron entre nosotros, tal como nos fueron transmitidos por aquellos que han sido desde el comienzo testigos oculares y servidores de la Palabra. Por eso, después de informarme cuidadosamente de todo desde los orígenes, yo también he decidido escribir para ti, excelentísimo Teófilo, un relato ordenado, a fin de que conozcas bien la solidez de las enseñanzas que has recibido. (Lc 1, 1-4)

La misión de China ha estado siempre en el corazón de la Orden de Agustinos Recoletos como una de sus hazañas más gloriosas, pues, empezando casi de cero, en medio de circunstancias verdaderamente excepcionales y difíciles, acumuladas en tan corto espacio de tiempo y que afectaron de manera casi continua a su obra misionera, consiguió establecer una Iglesia local que, tras un periodo de persecución y anulación sistemática, ha sido capaz de renacer de sus cenizas, proveyéndose de clero y vida religiosa, así como de abundantes y fervorosos fieles.

En la primera mitad del siglo XX, en medio del convulso y complejo devenir histórico que atravesaba China, la Iglesia puso en marcha un proceso de renovación y revitalización de la acción misional, que promoviera el paso de una misión “extranjera”, ligada en su origen y devenir con las potencias imperialistas occidentales, a una misión que buscaba inserirse en la realidad social y cultural de China, promoviendo una política de formación de Iglesias indígenas encomendadas a un episcopado local. Como parte de la nueva política misionera se fomentó la entrada en China de nuevas Órdenes y Congregaciones religiosas que pudieran dar un renovado estímulo a la obra evangelizadora.

Los Agustinos Recoletos fueron una de estas nuevas Órdenes religiosas que llegaron a China en esa época y podemos concluir que la misión recoleta fue una expresión sobresaliente de la vitalidad misionera de la Iglesia tal como había sido concebida y proyectada en los documentos de los papas y en las disposiciones del concilio de Shanghái, cumpliendo su misión con satisfacción. Si atendemos al número de conversiones por misionero, los Recoletos se posicionaron claramente en las zonas altas de crecimiento y de eficacia apostólica.

En este libro exponemos, analizamos y valoramos la acción misional desarrollada por la Orden de Agustinos Recoletos en aquel contexto misional. Recorreremos el devenir de los misioneros desde el previo establecimiento de la procura en Shanghái y los inicios de la misión de Kweiteh en 1924 hasta la expulsión del último misionero en 1955. Extenderemos la narración, brevemente, a la presentación de la suerte de los religiosos y sacerdotes indígenas que se quedaron en China.

LOS INICIOS Y EL TIEMPO COMO MISIÓN INDEPENDIENTE (1924-1927)

Durante los primeros años como misión independiente (1924-1927), los religiosos agustinos recoletos se encontraron con una China envuelta en una época de gran inestabilidad política y social por causa de la debilidad del Gobierno central, lo que provocó las luchas intestinas de poder entre los señores de la guerra y la plaga del bandidaje organizado. Al poco tiempo se sintieron las consecuencias de la guerra de reunificación de China bajo el Gobierno revolucionario nacionalista.

PREFECTURA APOSTÓLICA (1928-1936)

En el año 1930 la guerra golpeó de nuevo la misión, pero desde aquel momento hasta el inicio de la guerra chino-japonesa en 1937, la misión gozó del mayor periodo de paz y de tranquilidad de toda su historia.

VICARIATO APOSTÓLICO (1937-1946)

La guerra golpeó la misión en sus estructuras y edificios y tuvo un influjo negativo muy importante para la misión y para la población. Por ello, en los primeros momentos fue imposible una obra de evangelización normal. El inicio de la guerra provocó la presencia de millares de refugiados, que huían de las zonas de combate buscando protección y refugio en los puestos de misión, donde fueron acogidos con generosidad por los religiosos.

Tras la ocupación japonesa, miles de personas, que habían perdido todo, mendigaban en las ciudades, donde buscaban además protección. En esta circunstancia, la misión católica desplegó en los puestos de misión un trabajo caritativo de acogida y sustentamiento de las masas pobres. Junto a estos puestos de caridad se abrieron los catecumenados con frutos espectaculares e inesperados de conversiones entre gentes de todas las clases sociales.

Con la entrada de Japón en la segunda guerra mundial en 1941, la misión de los Recoletos entró en una situación de aislamiento con el exterior que agravó la situación económica. Se produjeron escenas verdaderamente trágicas de hambre y de muerte. En aquella situación, los misioneros recibieron la ayuda de los cristianos y de los mismos paganos.

Los misioneros desarrollaron bastantes veces en esta época el papel social de hombres de paz en las zonas no ocupadas directamente por los japoneses. Todo esto produjo un efecto muy positivo en la apreciación social de la Iglesia Católica entre las clases altas.

DIÓCESIS (1947-1955)

En esta etapa, la vida de la misión estuvo marcada por la guerra civil entre comunistas y nacionalistas y por la llegada e instauración del régimen comunista.

Durante la ocupación comunista, los misioneros trataron de dar lo mejor de sí mismos, incluso arriesgando su vida, para poder visitar y confortar a sus cristianos en aquellos difíciles momentos.

En los años 1951 y 1952 fueron arrestados y encarcelados varios padres y todos los misioneros extranjeros fueron expulsados de la misión. Entre el 1952 y el 1955 se perpetró la persecución de los sacerdotes chinos, que fueron arrestados, encarcelados y condenados a trabajos forzados, dando gran testimonio de fe y muriendo gran parte de ellos a consecuencia de las penalidades de los campos de trabajo.

De entre los que no murieron en los campos de trabajo, los padres José Wang y Nicolás Shi, serían los encargados de continuar y guiar la misión de los Agustinos Recoletos en China. En medio de grandes y muchas dificultades, lograron reanudar su ministerio e iniciar la reconstrucción de la vida eclesial en la Diócesis de Heze y en la antigua misión recoleta de Kweiteh.

ACCIÓN MISIONAL

Tras ello, el lector encontrará una exposición de la acción misionera sistemática desarrollada por los religiosos y los catequistas de la misión, así como la labor misionera desarrollada por las religiosas Agustinas Recoletas y las religiosas indígenas, junto con el trabajo misionero desarrollado por los laicos y catecúmenos, en especial las niñas de la Santa Infancia.

Creemos que la clave de sus frutos misionales fue el hecho de que la misión recoleta estuvo bien provista de misioneros, religiosos y religiosas, en gran parte, de una gran calidad moral y espiritual. El éxito de esta comunidad misionera, con todas las limitaciones propias de lo humano, se debió además al hecho de estar bien provista en modo orgánico, equilibrado y armónico de diversos carismas y dones en sus diversos ministros, en modo que cada uno contribuía en su ministerio al bien común y orgánico de la misión. Esto hizo posible que, en tan breve espacio de tiempo, iniciando de cero, fueron capaces, con escasos medios humanos y en circunstancias históricas complejas y difíciles, de llevar a cabo en modo casi completo todo el programa evangelizador marcado por el concilio de Shanghái.

APOSTOLADO DE RELIGIOSAS Y LAICOS

Otro punto fuerte y destacado fue el apostolado humilde, variado, amplio y profundo desarrollado por las religiosas recoletas junto con sus hijas, las religiosas indígenas y con sus hijitas, las niñas de la Santa Infancia. Un trabajo fructuoso especialmente con los enfermos y los moribundos, con los presos y gente de hospicios, así como el trabajo de educación de las niñas de la Santa Infancia y de las religiosas indígenas, cultivando su espíritu de piedad y santidad, educándolas en la caridad para con los más pobres y en el fervor misionero.

Esta es otra de las grandes aportaciones de la misión, la valorización de la acción eclesial y misionera en primera línea de las religiosas, iniciada además por religiosas contemplativas salidas de conventos de clausura, que supieron expresar en sus personas el ideal originario de la vida recoleta: sereno recogimiento, espiritualidad profunda, convivencia fraterna y sencilla, apostolado ardiente, escondido y fecundo.

Por último, es obligado destacar la labor encomiable e intrépida, a la par que sencilla y humilde, de tantos laicos y catecúmenos de todas las edades que vivieron con decisión y con fruto la dimensión misionera de la vida cristiana. La acción misionera se comprendía como una obra que debía ser llevada a cabo por el conjunto del cuerpo de la Iglesia, de modo orgánico y sinérgico. Todos los cristianos son misioneros. Por ello los nuevos cristianos eran estimulados a ser evangelizadores de sus ambientes y muchos de ellos, en realidad, no necesitaban mucho ímpetu, ya que ellos mismos, siendo incluso sólo catecúmenos, por la belleza del Evangelio y por la fuerza del amor que había nacido en ellos, eran evangelizadores por naturaleza, dando testimonio gozoso de su conversión y comunicando entusiastamente las verdades de la fe que habían abrazado.

FRUTOS DE SANTIDAD

Más importante que los frutos numéricos de conversiones, de seminaristas o de catequistas, ha sido el ejemplo de fe profunda, amor infatigable y santidad sinfónica, modulado por tantas voces corales, así como los frutos de santidad que se produjeron en la misión.

Como por la bondad de los frutos se conoce la bondad del árbol, tenemos que reconocer que el fruto de santidad de tantos héroes de la fe y del apostolado escondidos entre los fieles, niños y catecúmenos, los frutos de santidad de tantos religiosos indígenas, mártires y confesores de la fe, los frutos de santidad apostólica de monseñor Nicolás Shi y José Wang en su obra de reconstrucción de la diócesis y de la vida religiosa recoleta masculina y femenina durante la persecución y control comunista, son todo muestras claras de la calidad espiritual y de la santidad del tronco de donde salieron. Baste decir que dos de ellos, el padre Mariano Gazpio y sor Esperanza de la Cruz, están en proceso de beatificación, y que han sido reconocidos oficialmente por la Iglesia como Siervo de Dios y Venerable, aprobando ya la heroicidad de las virtudes de esta última.

Dentro de este apartado queremos destacar también la figura del padre Venancio, rescatado del olvido de los archivos con este trabajo, quien se ofreció un año antes de su muerte como víctima al Amor Misericordioso, siguiendo las huellas de santa Teresita de Lisieux. Su vida breve, intensa, clara, rectilínea, apasionada, entregada y fecunda puede considerarse como un símbolo de lo que fue el conjunto de la obra recoleta en China.

ESPIRITUALIDAD

Además de los frutos apostólicos y de santidad, una de las grandes contribuciones que nos han dejado los religiosos y religiosas agustinos recoletos ha sido la espiritualidad misionera que vivieron y que sostuvieron su obra misional.

En este campo, los recoletos supieron adaptar el pensamiento y la espiritualidad misionera de la época a los propios modos carismáticos.

La espiritualidad misionera de los religiosos era fuertemente cristocéntrica, enraizada en el Amor Misericordioso que nace del Corazón de Jesús, abierto en la cruz y sediento de amor, que se hace presente en la misión de la Iglesia, principalmente a través de la Eucaristía y de sus ministros.

En la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, los recoletos encontraban la fuente de donde brotaba y en donde se nutría su celo misionero, siendo, al mismo tiempo el culmen de la obra de evangelización, entendida como forma de manifestar a los hombres aquel Corazón lleno de amor, que sediento de amor, les invita a entrar en comunión con Él.

Los misioneros se encontraban con el Corazón de Jesús en la Eucaristía y comprendían el misterio profundo de su Amor en la meditación de la Cruz.

ACTUALIDAD Y MENSAJE

En esta grande historia misionera china y recoleta, podemos ver un ejemplo para el tiempo presente.

Podríamos considerar la *Evangelii gaudium* del Papa Francisco como la *Maximum Illud* de nuestro tiempo. Si en aquel momento la *Maximum Illud* se refería al renovado estilo evangélico y evangelizador que debían tener los misioneros en las tierras de misión, la *Evangelii gaudium* se dirige hoy a los nuevos agentes de una misión global y eclesial, llamando a una conversión pastoral del pueblo de Dios y a un cambio profundo en la concepción de la acción evangelizadora, como actividad orgánica de todo el pueblo de Dios y de todo cristiano como discípulo misionero.

El lector podrá encontrar en esta historia pastores *con olor a oveja* y de *corazón misericordioso*, mujeres consagradas con *corazón de madre* en el corazón mismo de la acción evangelizadora, ancianos y niños, mujeres y jóvenes *haciendo lío* en sus ambientes, una *Iglesia en salida*, abierta a todos, que caminaba con el pueblo, una *Iglesia hospital de campaña* en medio del campo de batalla y de las miserias del pueblo, una *Iglesia pobre y para los pobres*, una *Iglesia presente en las periferias existenciales* portando la *luz de la fe* y el *gozo del evangelio*, una *Iglesia que ha ido contra la mentalidad del descarte*, que ha volcado su amor sobre los que el mundo despreciaba.

ACCIÓN DE GRACIAS

El volver sobre la historia, la obra y los corazones de estas personas, descubriendo en ellos una obra que lleva claramente la marca de Dios, es fuente de agradecimiento y glorificación de Dios, así como motivo y estímulo de renovación y revitalización, sea para el conjunto de la Orden a la que pertenecieron sus misioneros, sea para la Congregación misionera femenina que nació en ella, sea para el clero, las religiosas y el pueblo fiel que han sabido recoger el testigo heroico de sus antecesores.

Por ello damos gracias a Dios por este don inmenso de su amor para con nosotros, para con nuestra misión de China, para con nuestra Orden, para con la Iglesia, y para con el mundo. Como homenaje a todos estos hermanos y hermanas que han vivido para Cristo y han dado su vida por Él, hago mío el poema que monseñor Nicolás Shi escribió en agradecimiento a sus hermanos muertos por el testimonio de la fe, ampliándolo a todos ellos.

DEDICATORIA Y ORACIÓN FINAL

Perdisteis la vida mortal,
¡oh, mis hermanos amados!
Por Cristo y la inmortal,
encontrasteis mártires honrados.

Tanta padecisteis injuria,
Por amor de Cristo, en el suelo,
cuanto honor y gloria,
conseguisteis en el cielo.

Vuestra vida a Cristo pusisteis
Por testimonio el mejor;
Y con vuestra sangre irrigasteis
la amada viña del Señor.

Ahora, en el cielo circundados,
por la capa purpúrea
y en la diadema áurea.

Venid, aceptad el honor
Y premio, después de tanto suplicio;
Tomad la palma del martirio,
De mano del Señor.

Los pasados ya entraron
En el gozo infinito.
Allí no hay más dolor ninguno,
Pues todos los anteriores pasaron.

O nos, supervivientes en fluctuoso mar,
Todavía entre amarguras gemimos;
Cada vez, al recordaros,
no podemos prohibir a lagrimar.

Quisiera que un sabio valiente
Podría pasar vuestra heroicidad,
Al detalle a la posteridad
Por la letra más elegante.

Presumo a dedicaros este pobre escrito
Veaisteis por mi obsequio:
que Dios háganos seguir vuestro vestigio,
Por vuestro frecuente sufragio.

6 de octubre de 1991
Fr. Nicolás Shi OAR